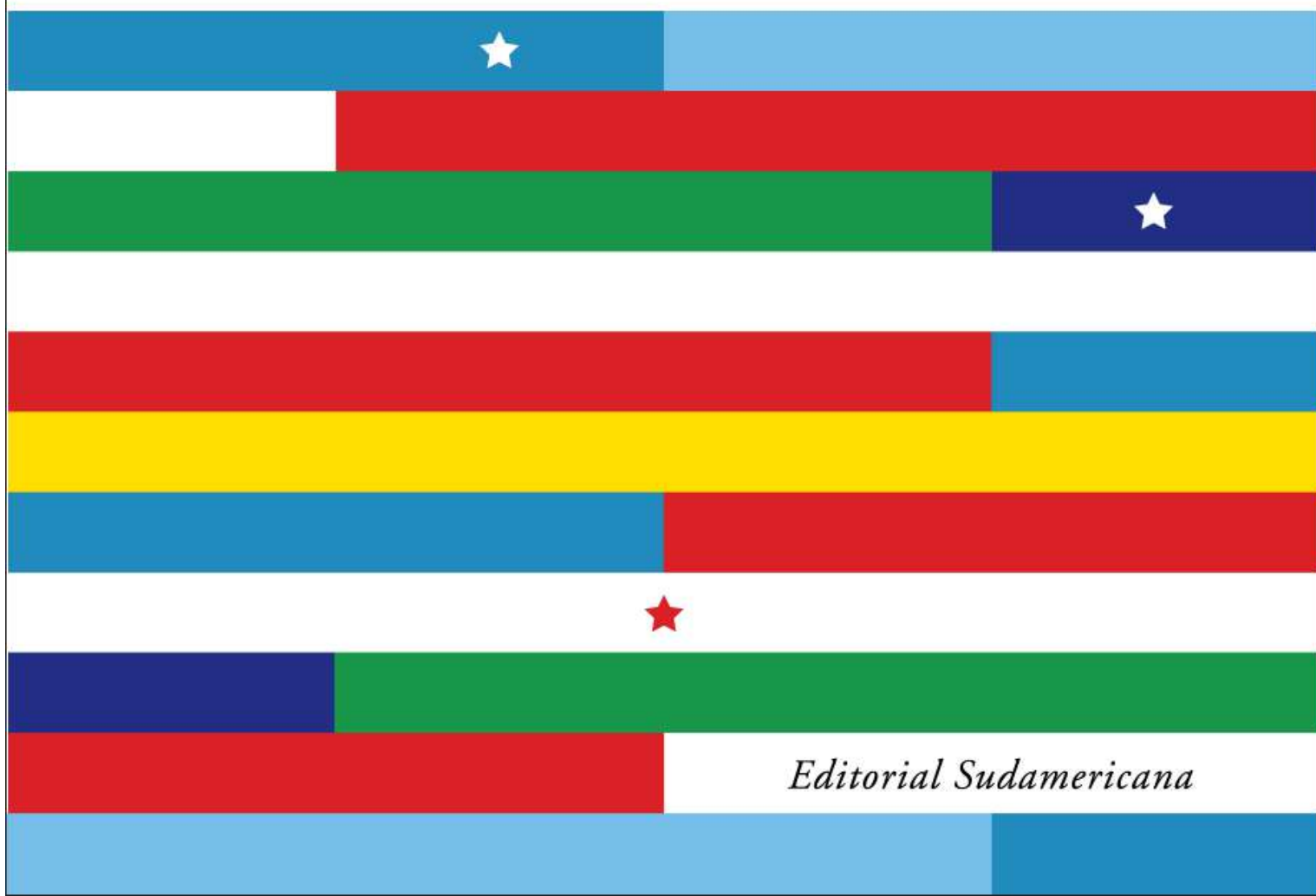


José Carlos Chiaramonte • Carlos Marichal
Aimer Granados (compiladores)

CREAR LA NACIÓN

LOS NOMBRES DE LOS PAÍSES DE
AMÉRICA LATINA



Editorial Sudamericana

José Carlos Chiaramonte, Carlos Marichal y Aimer Granados
(compiladores), *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina*,
Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008, 384 p.

Motivos de Anteo

Tierra y sangre en el patriotismo cubano

Rafael Rojas

El Colegio de México

Los mitos modernos de la nación cubana son invenciones de la cultura criolla. Las ideas de la Patria y el Estado, de la República y la Revolución surgieron en el imaginario de los patricios blancos, a mediados del siglo XIX. Este origen colonial de las imágenes nacionales marca el devenir de la cultura política cubana y, de algún modo, la distingue entre los países latinoamericanos, que tuvieron un siglo XIX postcolonial, impelido por la construcción de los estados liberales, al mismo tiempo que la inscribe en su entorno caribeño: una región marcada por la hegemonía de los imperios atlánticos y por soberanías nacionales acotadas.⁵³²

Durante las épocas republicana (1902-1959) y revolucionaria (1959-2006), en Cuba, los mitos criollos han sido recodificados por nuevas lecturas, nuevos usos, nuevas ceremonias y nuevos simulacros. La modernización de las relaciones civiles y políticas, experimentada desde mediados del siglo XX, hace pensar que, finalmente, la mitología criolla ha sido reemplazada por una ideología cubana, que la *Patria del Criollo* ha sido trascendida por la *Nación del Cubano*. Pero no es así del todo. En Cuba, lo que podría concebirse como una "persistencia del antiguo régimen dentro de la modernidad" se da como una serie de reconstrucciones del imaginario criollo en la República y en la Revolución.⁵³³

Patria es la noción criolla, arcaica, de pertenencia a la nacionalidad. En sus orígenes, a mediados del siglo XVIII, es una palabra que sirve para significar ese "amor ridículo a la

⁴⁰⁸ Louis A. Pérez Jr., *Cuba Between Empires, 1878-1902*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, pp. 170-180; Lars Schoultz, *Beneath the United States. A History of U.S. Policy Toward Latin America*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1998, pp. 125-151. Ver también Antonio Gaztambide-Geígel, Juan González-Mendoza y Mario R. Cancel, *Cien años de soledad. Los 98 del gran Caribe*, San Juan, Puerto Rico, Ediciones Callejón, 2000.

⁵³³ Arno J. Mayer, *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la gran guerra*. Madrid, Alianza Editorial, 1984, pp. 14.25; Ernest Gellner, *Nacionalismo*, Barcelona, Ediciones Destino, 1998, pp. 117-142 y Juan Pablo Fusi, *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2003, pp. 227-236.

tierra", que rechazaba el joven Martí en su pieza teatral *Abdala*.⁵³⁴ Más adelante, en las primeras décadas del siglo XIX, se apela a la voz de *patria* bajo circunstancias de dominación o amenaza externa. El campo semántico del concepto ha quedado, desde entonces, referido a una dimensión defensiva: cuando la soberanía nacional corre el peligro -real o imaginario- de ser vulnerada por un tirano, un grupo político o una potencia extranjera, el enunciado de la *patria* adquiere toda su positividad. La *patria* es algo que debe ser conquistado o defendido, algo que reclama lealtad y sacrificio. Durante la República, en cambio, se articuló toda una nueva discursividad moral sobre la *patria*, basada en la sensación de que la independencia era una fantasía neocolonial y que proyectaba el patriotismo contra la injerencia económica y política norteamericana. En la Revolución esta sensibilidad se exagera por el hecho de que el nuevo orden político se construye, por primera vez, sobre la base de la confrontación con Estados Unidos.⁵³⁵

Nación, en cambio, es la idea moderna de la comunidad cubana, por la cual se consideran ciudadanos en plenitud de sus derechos civiles y políticos todos los habitantes de la isla. No es hasta fines del siglo XIX que esta noción aparece cabalmente dentro del discurso separatista, autonomista y anexionista. Algunos intelectuales criollos, como Félix Varela y José María Heredia, que eran partidarios de la independencia, usaban la palabra *nación* desde la segunda década de aquella centuria. Otros, vinculados a las corrientes reformistas, como José Antonio Saco, Domingo del Monte y José de la Luz y Caballero, preferían hablar de *nacionalidad*. Sin embargo, ambos términos aludían a una identidad espiritual que compartía una reducida élite de patricios blancos y que no contemplaba a la población negra dentro de esa ciudadanía real o virtual. La palabra *nación*, al igual que la de *patria*, moviliza en la República un conjunto de ansiedades míticas y frustraciones históricas entre las élites postcoloniales. Con la Revolución, en cambio, los usos de aquellas nociones se fortalecen y se vuelven recurrentes, dentro de la retórica de un poder, sumamente capacitado para construir un universo de sentidos, comunicable a las masas, en la que se yuxtaponen valores nacionalistas y socialistas.⁵³⁶

⁴¹⁰ José Martí, *Obras escogidas*, la Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1992, p. 20.

⁵³⁵ Louis A. Pérez Jr., *On Becoming Cuban. Identity, Nationality and Culture*, Chapel Hill and London, The University of North Carolina Press, 1999, pp. 279-353.

⁵³⁶ Desde muy diversas latitudes teóricas, dos autores han trabajado el tema del papel del habla política en la construcción de sentidos colectivos: Víctor Klemperer, *La lengua del Tercer Reich*, Barcelona, Editorial Minúscula, 2001, pp. 67-77; Ernesto Laclau, *La razón populista*, México, FCE, 2005, pp. 91-57.

En Cuba, como en el resto de Hispanoamérica, la voz *patria* surge, pues, dentro del ideal criollo de nación.⁵³⁷ Es el principio de un imaginario de alteridad, con respecto a la Metrópoli española, que denota pertenencia física y espiritual a la tierra, creación del suelo, ataduras del cuerpo y el texto al lugar de origen. Ese vínculo patriótico, que comienza a experimentar la élite criolla en los siglos XVII y XVIII, llegará a regir y trascender los nexos familiares, de fortuna o de sangre, que habían establecido los primeros colonos e inmigrantes. De manera que el nacimiento de una noción comunitaria en la cultura cubana, como la de patria, podría indicar un cambio decisivo en la sociabilidad política colonial.⁵³⁸ El patriotismo criollo, es decir, el conjunto de acciones y sacrificios del criollo por el bien de la patria, crea una base nueva para la conformación de las élites nacionales y, en especial, para las intervenciones públicas de lo que Ángel Rama llamaba una “ciudad letrada”.⁵³⁹ Esa nueva base o plataforma simbólica está compuesta por el repertorio de significantes que identifican la moral cívica del patricio.

El enunciado de la patria produce un efecto performativo en circunstancias de amenaza o agresión, deterioro o usurpación del espacio vital. Es la voz que comunica una voluntad de dominio y defensa del territorio. Por eso, aunque el concepto de patria sea “protonacional” –con todo lo cuestionable de un término tan teleológico– su uso se reproduce, desde nuevas acepciones, más allá del período criollo y aún después de constituida la nación. En la segunda mitad del siglo XIX, justo cuando declinan los valores criollos, la palabra patria es resemantizada por los discursos autonomistas, anexionistas y separatistas. A partir de ahora ya no aludirá tanto al suelo, a la tierra, como al país autónomo o independiente que se desea: de comunidad de origen pasa a ser comunidad de destino. Luego, durante la República, la noción de patria acogerá todo un complejo de los mismos residuos nostálgicos y aristocratizantes que observara Severo Martínez Peláez en la cultura criolla guatemalteca, aunque instrumentados, casi siempre, por el reformismo cívico

⁵³⁷ Jacques Lafaye, Quetzalcóatl y Guadalupe. *La formación de la conciencia nacional en México*. México, FCE, 1985, pp. 133-160; David Brading, *Mito y profecía en la historia de México*. México, Editorial Vuelta, 1984, pp. 78-111.

⁵³⁸ David Brading, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla*. México, FCE, 1991, pp. 323-344.

⁵³⁹ Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984, pp. 90-92.

de intelectuales de la primera generación postcolonial como Ramiro Guerra, Jorge Mañach y Fernando Ortiz.⁵⁴⁰

El tránsito secular del discurso del patriotismo criollo al nacionalismo republicano está delimitado por dos modernizaciones: la que se produce entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, con la introducción del modelo de plantación esclavista, y la que tiene lugar entre fines del XIX y principios del XX, con la inscripción de la isla en la hegemonía regional de Estados Unidos. Ambas modernizaciones, que resultaron tan costosas para las élites agrícolas y ganaderas criollas, aseguran, como han estudiado José A. Piqueras y Fe Iglesias García, un cambio en la funcionalidad de la isla dentro del imperio español: de emporio a colonia y de colonia a república.⁵⁴¹ En este largo proceso, el rechazo criollo a la concentración de la propiedad territorial en manos extranjeras, primero españolas y luego norteamericanas, actúa como el sustrato simbólico, primero, de la conquista de la soberanía y, luego, de la consolidación del Estado nacional republicano.

Los nombres de Cuba

Casi todos los historiadores cubanos -desde los criollos ilustrados del siglo XVIII (Morell de Santa Cruz, Ribera, Arrate, Urrutia, Valdés) hasta los republicanos de mediados del siglo XX (Santovenia, Guerra, Portell Vilá, Leví Marrero), pasando, naturalmente, por los fundadores de la historiografía nacional en el siglo XIX (Arango y Parreño, Saco, Guiteras, Bachiller y Morales)- repararon en el hecho de que la palabra siboney *Cuba*, nombre de la isla, era uno de los pocos legados de las civilizaciones caribeñas anteriores a la llegada de Colón.⁵⁴²

Según Antonio Bachiller y Morales, en su obra *Cuba primitiva* (1884), la palabra podría significar "país" o "tierra" y su origen etimológico estaría en el vocablo *siba*, que

⁵⁴⁰ Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*. Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1970, pp. 125-128; Ramiro Guerra, *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1970; Fernando Ortiz, "La decadencia cubana", en *Órbita de Fernando Ortiz*, La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1973, pp. 69-80; Jorge Mañach, *La crisis de la alta cultura en Cuba*, La Habana, Imprenta y Papelería La Universal, 1925.

⁵⁴¹ José A. Piqueras, *Cuba, emporio y colonia. La disputa de un mercado interferido*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 13-35; José A. Piqueras, comp., *Azúcar y esclavitud en el final del trabajo forzado*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 11-33; Fe Iglesias García, *Economía del fin de siglo*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2005, pp. 125-147.

⁵⁴² Carmen Almodóvar Muñoz, *Antología crítica de la historiografía cubana*, La Habana, Pueblo y Educación, 1986, pp. 95-158.

quiere decir, en lengua siboney, roca o piedra: el elemento primordial de aquella cultura paleolítica en la época de la dominación taína de los siglos XIV y XV. Las dos principales civilizaciones precolombinas, la siboney y la taína, según Bachiller "no dejaron ruinas numerosas que estudiar" ni una importante población, diezmada por la conquista, el trabajo forzado, las epidemias y el suicidio, pero legaron muchas palabras (ajiaco, cocuyo, guayaba...) y, entre ellas, el nombre del país.⁵⁴³ Santovenia hablará de la "ruina de la raza cobriza" y Guerra dirá que donde único es discernible la "huella del antepasado indígena" es en "la nomenclatura geográfica..., en los nombres de Cuba y de dos de sus provincias, centenares de ciudades, pueblos, caceríos, barrios rurales, ríos, valles, montañas y multitud de plantas y frutos".⁵⁴⁴

Uno de los primeros historiadores criollos, el regidor habanero Pedro Martín Félix de Arrate, ofreció en su *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales* (1750) una visión de la escritura de la historia como acto de gratitud a la patria, que en su caso era la villa de San Cristóbal de la Habana, no España ni Cuba, y como memoria de la epopeya del cubano en el dominio de su tierra. Esa visión patricia de la historia, que se transmitiría hasta la generación republicana de Guerra y Santovenia, Ortiz y Mañach, en pleno siglo XX, se presentaba desde las primeras páginas de aquella obra como una reacción contra "el culpable silencio de los patricios" en la "plausible curiosidad de los extraños", esto es, la falta de reconocimiento de las virtudes criollas en los discursos peninsulares y europeos sobre Cuba. Arrate apelaba entonces a la referencia del conde Manuel Thesauro, quien consideraba a los patricios turineses como peregrinos en la tierra, obligados a mostrar gratitud por la patria:

Empeñándome a esto la doctrina y erudición del conde Thesauro, que califica de breve la vida de cualquier ciudadano que muere sin rendir algún obsequio a la patria. No queriendo terminase la mía sin tributarle una leve señal del amor que le tengo, y que por tantos títulos merece. Y más cuando el ejemplo de los extraños sirve de estímulo y aun de sonrojo a los patricios, tomando aquellos como asunto de sus plumas la materia que a éstos no les ha debido ni un solo rasgo con que pudieron haber ministrado más alas a la fama y nombre a la ciudad.⁵⁴⁵

⁵⁴³ Antonio Bachiller y Morales, *Cuba primitiva. Origen, lenguas, tradiciones e historia de los indios de las Antillas mayores y lucayas*, La Habana, Librería de Miguel de Villa, 1883, pp. 255-266.

⁵⁴⁴ Emeterio Santovenia, *Historia de Cuba*, La Habana, Editorial Trópico, 1939, t. I., pp. 197-231; Ramiro Guerra, *Historia de Cuba*, La Habana, Librería Cervantes, 1922, t. I., p. 51.

⁵⁴⁵ José Martín Félix de Arrate, *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales. La Habana descripta: noticia de su fundación, aumentos y estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, pp. 6-67.

En su polémica con la ilustración europea antihispánica y anticriolla (Buffon, Raynal, Robertson, De Pauw...), Arrate, como tantos otros patricios hispanoamericanos, echaba mano del principio clasificador de la historia natural para mostrar la riqueza, tanto de la fauna, la flora y la agricultura insulares, como de los méritos profesionales y políticos de los vecinos de la ciudad.⁵⁴⁶ Así, luego de largas series de peces y mariscos (lisas, sábalos, manjuaríes, guabinas, biajacas, camarones), maderas preciosas (cedros, caobas, robles, guanadillos, guayacanes, daganes), frutas (uvas, higos negros y blancas, granadas, melones, sandías, piñas, anones, zapotes, mameyes colorados y amarillos, naranjas, guayabas, plátanos, papayas, cocos), aves (ruiseñores, sinzontes, mariposas, chambergos, azulejos, mallos, palomas torcaces, becacinas, codornices, perdices, flamencos, guacamayas, cotorras, periquitos, papagayos), cultivos (tabaco, caña, yuca, batata, gengibre, maíz, arroz, cacao, café) y hasta jutías y "perros mudos", como los que vió Colón al desembarcar, Arrate insertaba extensas listas de personalidades criollas de la Iglesia, el Ejército y el cabildo.

Toda esta discursividad naturalista desembocaba, pues, en la apología de la tierra y la sangre, en la escritura como memoria de "la virtud y excelencia de los hijos del país", de la "gloria y fama de la patria por la bondad y el mérito de sus naturales". El modelo de Arrate, naturalmente, provenía del patriciado de las repúblicas antiguas: "¡qué honor no dieron a Esparta los Epaminondas, a Roma los Camilos, a Atenas los Arístides y Cartago los Aníballes!".⁵⁴⁷ Pero además del sacrificio en la defensa de la patria, que codificaba los mitos sanguíneos de la antigüedad, en Cuba, colonia de plantación, la epopeya de la tierra era el primer capítulo de esa gran narrativa sobre la identidad patricia:

De Anteo fabularon o discurrieron los antiguos, como escriben los mitológicos, que al calor y abrigo de su madre, la Tierra le daba aliento e infundió espíritus para lidiar con Hércules, cobrando esfuerzos para la lucha cada vez que rendido daba en el suelo, y que separado de este auxilio perdió el triunfo y la vida. Ficción fue esta sin duda de los poetas, por muy propia inventiva, para persuadir cuánto contribuye el favor materno o suelo patrio para esforzar al ánimo a sublimes empresas y facilitar el logro de grandes cosas.⁵⁴⁸

Cuando Arrate escribió estas páginas, la población cubana no rebasaba los 200 000 habitantes y cerca del 50% de la misma estaba compuesta por negros y mulatos esclavos o

⁵⁴⁶ Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica (1750.-1900)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 3-72.

⁵⁴⁷ *Id*, pp. 12-15 y 231-251.

⁵⁴⁸ *Ibid*, p. 234.

libres. Dos siglos después, a mediados del siglo XX, los más importantes historiadores de la isla (Guerra, Santovenia, Mañach, Ortiz...) seguirán defendiendo la identidad criolla en términos similares, a pesar de que para entonces habrán sucedido ya dos guerra de independencia, la abolición de la esclavitud, dos ocupaciones militares de Estados Unidos, una revolución tan nacionalista como la de 1933 y de que la población insular sea cercana a los 5 millones, de los cuales tres y medio serán blancos y uno y medio negro, mulato y chino.

En *Azúcar y población en las Antillas* (1927), por ejemplo, Guerra retomará casi literalmente el mito de Anteo. A partir de una frase del político y escritor francés Eduard Herriot –“la tierra exige presencia real”- Guerra defendía la vigencia del mito griego para la Cuba de las primeras décadas republicanas: “en la lucha contra el latifundio, el pueblo cubano representa a Anteo. Firmes en la posesión de la tierra, seremos invencibles; si el latifundio acaba su obra de separarnos de ella, estaremos irremisiblemente perdidos. Hay que volver a la tierra y afirmarnos en ella, o perecer”.⁵⁴⁹ Emeterio Santovenia, por su parte, iniciará su *Historia de Cuba*, no con las civilizaciones siboney y taína, sino con la epopeya de la tierra: desde la sumersión y emersión geológica de la zona antillana y la disposición de una estructura y un relieve cultivables hasta la interacción entre agricultura, comercio y ganadería impulsada por la economía de plantación azucarera y esclavista.⁵⁵⁰

Pero por el camino de aquellos dos largos siglos, las élites criollas habrán dejado otros testimonios similares de defensa de una identidad naciente, contrapuesta a discursos de desprecio producidos en Europa y Estados Unidos, como los que abundan en la obra de José Martí y de otros autores contemporáneos de éste, que han sido opacados por la luminosidad del héroe, como Antonio Bachiller y Morales en *Galería de hombres útiles*, Raimundo Cabrera y Bosch en *Cuba y sus jueces* (1887) y Manuel de la Cruz en *Cromitos cubanos* (1893), que fueron los modelos bibliográficos que siguieron Jesús Castellanos en *Cabezas de estudio* (1902), Néstor Carbonell Rivero en *Próceres* (1928) y otros biógrafos de la primera República. En todos estos libros se ofrecen semblanzas de letrados, científicos y políticos criollos que, con sus virtudes públicas y sus sacrificios políticos, han

⁵⁴⁹ Ramiro Guerra, *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1970, p. 164.

⁵⁵⁰ Emeterio Santovenia, *Historia de Cuba*, La Habana, Editorial Trópico, 1939, t. I., pp. 27-36; t. II (1943), pp. 251-272.

pagado una deuda de gratitud para con la patria y han demostrado al mundo que el cubano es un sujeto capaz de autogobernarse de acuerdo con las normas jurídicas de un Estado nacional moderno.⁵⁵¹

La tierra que se domina y cultiva, la patria por la que se derrama sangre y se sacrifican fortunas, junto con el linaje secular de los patricios, archivado en la memoria de la nación, son los grandes temas del discurso criollo. Todavía en unas célebres conferencias en el Aula Magna de la Universidad de la Habana, inaugurando la Cátedra Martiana de 1951, Jorge Mañach reformulaba el tópico de la "sangre y la tierra" en la cultura cubana. A partir de variopintas lecturas de la primera mitad del siglo XX (Keyserling, Ganivet, Cassou, Azorín, Unamuno, Frank...) y, sobre todo, del sociólogo francés Alfred Siegfried, autor de *El alma de los pueblos*, Mañach sostenía entonces la existencia de "estilos étnicos" que alimentaban los tópicos, tan reales como ficticios, acerca del "ingenio francés", la "tenacidad inglesa", la "disciplina alemana", el "misticismo ruso" y el "dynamismo americano".⁵⁵²

La patria del criollo

Ya en una carta, de principios del siglo XVII, del Gobernador de Cuba don Pedro de Valdés a Felipe III, encontramos el primer indicio de la formación de un patriotismo criollo. Valdés, quien ha tomado el mando de la isla en 1602, se queja ante el Monarca de la "igualdad, falta de distinción y justicia de compadres con que los gobernadores tratan a la gente de la tierra".⁵⁵³ El documento es de 1604. Ese mismo año, el capitán Pedro de las Torres Sifontes, vecino de la Villa de Puerto del Príncipe, dedica un soneto a su paisano Silvestre de Balboa, elogiando la "sublime obra" *Espejo de paciencia*. Los versos finales de aquel poema decían: "Recibe de mi mano, buen Balboa,/ Este soneto criollo de la tierra,/ En

⁵⁵¹ Antonio Bachiller y Morales, *Galería de hombres útiles*, La Habana, Instituto Nacional de Cultura, 1955; Raimundo Cabrera y Bosch, *Cuba y sus jueces*, La Habana, Ricardo Veloso, 1922; Manuel de la Cruz, *Cromitos cubanos*, Madrid, Editorial Saturnino Calleja, 1926; Jesús Castellanos, *Cabezas de estudio*, Miami, Editorial Cubana, 1996; Néstor Carbonell Rivero, *Próceres*, Miami, Editorial Cubana, 1999.

⁵⁵² Jorge Mañach, *El espíritu de Martí*, San Juan, Puerto Rico, Editorial San Juan, 1973, p. 53.

⁵⁵³ Hortensia Pichardo, *Documentos para la historia de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, t. I, p. 124.

señal de que soy tu tributario".⁵⁵⁴ En ambos textos, la trama de la tierra revela un dominio, una posesión del espacio insular, que se abre paso en los órdenes de la propiedad y el símbolo: una ocupación económica y cultural del territorio. El origen de la comunidad criolla está ligado a ese imaginario que suscita el hallazgo de lo *propio*. La tierra es, para el criollo, fuente de riqueza y raíz de alteridad, poder y distinción, patria y capital.

El discurso de los criollos ilustrados articula el relato de esa apropiación de la tierra. "Del seno fértil de la madre Vesta" nace "la pompa de la Patria", la cornucopia vegetal y el bestiario fabuloso de la isla. Desde Zequeira y Rubalcava hasta Plácido y Heredia se da lo que Cintio Vitier ha entendido como una "preparación poética del paisaje político de la independencia". La idea criolla de la patria, antecedente de la idea cubana de la nación, "empieza por la idiosincracia de los dones naturales".⁵⁵⁵ Esta inscripción de la tierra en el discurso también puede leerse en la historiografía del siglo XVIII. Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, José Martín Félix de Arrate, Nicolás Joseph de Ribera, José de Urrutia y Antonio José Valdés usan la palabra *patria* para enmarcar un territorio dentro del vasto imperio español, que le corresponde al criollo insular. Por momentos pareciera que, en estos textos, la isla es tratada como una virtual provincia de la Monarquía borbónica. Pero esa voluntad de gobierno propio, esa *estadolatría* criolla, aparece siempre mediada por una relación mítica con la tierra, por eso que Yi-Fu Tuan ha llamado la *topofilia*.⁵⁵⁶

En la *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales*, de Arrate, el vínculo genésico del criollo con la tierra se expresa de forma mítica. Los hijos de la Habana, "patria amada", "ciudad esclarecida", han nacido bajo los signos de Marte y Minerva. Para demostrarlo, Arrate hace una larga relación de dignidades militares y eclesiásticas, letrados y empresarios: todos naturales de la isla. Este criollo virtuoso es como Anteo, el gigante hijo de Gea, que mientras pisa la tierra recibe el don de la fuerza telúrica, pero cuando Hércules lo alza en vilo se debilita.⁵⁵⁷ Por eso al criollo habanero y, en general, al indiano, se le dificulta el ascenso en la sociedad española. Su aliento, su espíritu, son "favores maternos del suelo patrio". Ese mito de Anteo experimentará nuevas

⁵⁵⁴ Silvestre de Balboa y Troya de Quesada, *Espejo de paciencia*. La Habana, Editorial de Arte y Literatura, 1975, p. 51.

⁵⁵⁵ Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*. La Habana, Instituto Cubano del Libro, pp. 49-61.

⁵⁵⁶ Yi-Fu Tuan, *Topophilia: A Study of Enviromental Perception, Attitudes, and Values*. Englewood Cliffs, N J: Prentice-Hall, 1974.

⁵⁵⁷ José Martín Félix de Arrate, *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales*. México, FCE, 1949, p. 234.

apropiaciones en la República, dentro de *Azúcar y población en las Antillas* de Ramiro Guerra y de la novela *Anteo (novela gaseiforme)* de Enrique Labrador Ruiz. Guerra, por ejemplo, en el acápite "Tierra propia para el cultivador", de aquella obra, escenificaba el mito de este modo: "cuando el gigante Anteo, hijo de Poseidón y de la Tierra, fue atacado por Heracles en las arenas que habitaba, en vano éste le derribaba. Cada vez que Anteo tocaba con su cuerpo en su madre divina, la Tierra, le devolvía las fuerzas y reanimaba. En la lucha contra el latifundio, el pueblo cubano representa a Anteo".⁵⁵⁸

Anteo el *patricio*, hijo de la patria, que el reformismo borbónico reconoce ya como un "hijo del país", es el hidalgo criollo. El *fijodalgo*, como ha documentado Américo Castro, es un término de la España medioeval, de raíz árabe, que denomina al "hombre libre por linaje". Sin embargo, este linaje del "hijo de algo" no está dado por la sangre, sino por alguna acción virtuosa que le reporta beneficios morales y materiales. De ahí que el hidalgo sea un "hijo de bondades, buenas obras o mercedes".⁵⁵⁹ A diferencia de los primeros colonos, que ganaron su hidalguía en la empresa de la colonización, los criollos deben su nuevo tipo de nobleza a las buenas acciones por el bien de la patria que exige su condición de vecino notable o propietario. El *patricio* es un hombre blanco, libre, que se autodistingue del plebeyo, del esclavo, por un acceso privilegiado al ideal de la patria y sus bienes y servicios.

A diferencia del criollo, el negro afrocubano no recibe ese "don natural de la tierra" porque nace esclavo. Su acceso a la nacionalidad no está dado por la apropiación del suelo, por la pertenencia a un patriciado, sino por una liberación de sí -similar a la de la dialéctica hegeliana del señor y el siervo- que sólo puede consumarse dentro de la redención o defensa de la patria, que es *patrimonio* del blanco. Este contrapunto entre el patricio blanco y el patriota negro, que recorre la época criolla pre-abolicionista, puede ilustrarse con dos personajes del *Espejo de paciencia*: Miguel Baptista y Salvador Golomón. Ambos son vecinos de Bayamo, pero el poeta los presenta de diferente manera: "Luego pasó con gravedad y peso/ un mancebo galán de amor doliente,/ criollo del Bayamo que en la lista/ se llamó y escribió Miguel Baptista... Andaba entre los nuestros diligente/ Un etíope digno de alabanza,/ Llamado Salvador, negro valiente,/ De los que tiene Yara en su

⁵⁵⁸ Ramiro Guerra, *Azúcar y población en las Antillas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970, p. 164.

⁵⁵⁹ Américo Castro, *España en su historia*. Barcelona, Editorial Crítica, Grijalbo, 1983, pp. 70-77.

labranza...".⁵⁶⁰ El blanco es "criollo del Bayamo": es de la villa, mientras el negro es "un etíope, de los que tiene Yara en su labranza": está en la villa. Pero el negro se destaca en la defensa de Manzanillo contra los corsarios franceses. Con su lanza derriba al capitán Gilberto Girón y decide la victoria. Entonces el "etíope" se gana el título de "Salvador criollo", "negro esclavo, sin razón cautivo". El poeta, que es también un patricio criollo, pide a la ciudad que lo libere por su hazaña: "Y tú, claro Bayamo peregrino,/ Ostenta ese blasón que te engrandece;/ Y a este etíope, de memoria digno,/ Dale la libertad pues la merece".⁵⁶¹

La relación entre Domingo del Monte y el poeta Juan Francisco Manzano expresa también dicho contrapunto. El patricio blanco prefiere la *encadenada* lira de este negro esclavo a los *nugs canors* de un mulato libre, "oficial laureado" y "poeta envilecido", como Plácido.⁵⁶² Se sabe que Del Monte protegió y alentó a Manzano, que llegó recolectar, entre las élites criollas, el dinero suficiente para comprar la libertad del poeta.⁵⁶³ Pero el origen de ese gesto filantrópico era la certeza, alcanzada por el patricio, de que el negro esclavo poseía un don, ya no de la tierra sino del espíritu: "una imaginación realmente poética". Ese don espiritual del poeta, que era privativo de los patricios blancos, le concedía el ingreso a la esfera de los criollos libres, es decir, a la patria. Un ingreso que jamás llegaría a realizarse porque era antinatural: se basaba en un artificio, en una rareza. Una vez liberado el poeta Manzano, su don desaparecería y, con él, el salvoconducto de su acceso al patriciado.⁵⁶⁴

Como Del Monte, también era patricio Félix Varela. A diferencia de José Antonio Saco, quien veía al país como una nacionalidad en formación, Varela consideraba que el ingreso de Cuba al orden nacional moderno sólo podría lograrse por medio de la independencia. Admitía, con Saco, que la sociedad cubana era aún sumamente discorde, que el cuerpo social de la isla no estaba plenamente integrado. Pero, según Varela, no había

⁵⁶⁰ Silvestre de Balboa, ob. cit, pp. 83 y 92. Ver los comentarios de Cintio Vitier a estos versos en *Lo cubano en la poesía*, ob. cit, pp. 32-34.

⁵⁶¹ *Id.*, p. 94.

⁵⁶² Domingo del Monte, *Escritos*. La Habana, Cultural S. A., 1929, t. II, pp. 149-150.

⁵⁶³ Urbano Martínez, *Domingo del Monte y su tiempo*, La Habana, Ediciones Unión, 1997, pp. 250-261.

⁵⁶⁴ Ver el estudio introductorio de Iván Schulman en Juan Francisco Manzano, *Autobiografía de un esclavo*. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1975, pp. 13-50; también Adriana Lewis Galanes, *Poesías de J. F. Manzano. Esclavo en la isla de Cuba*. Madrid, Betania, 1991, pp. 15-48; y el sugestivo ensayo de Antonio Vera León, "Juan Francisco Manzano: el estilo bárbaro de la nación", *Hispanamérica*. XX.60, diciembre, 1991, pp. 3-22.

que esperar la evolución natural de Cuba para que los nexos sociales se consolidaran, sino acelerar la historia, aprovechando la *unión* que genera una *empresa política*: la independencia.⁵⁶⁵ En sus *Lecciones de filosofía* aparece claramente esta idea, marcando una distancia crítica con el contractualismo liberal. La "sociedad imperfecta" no es, para Varela, aquella en la que "sus miembros no se prestan auxilio y no conspiran, todos, al bien general", sino "aquella que depende y está sujeta necesariamente a otra; como una familia en una ciudad, y ésta en un reino".⁵⁶⁶ Para constituir una nación moderna no bastaba decretar que sus ciudadanos son libres e iguales ante la ley. Antes era preciso que esa nación poseyera un Estado soberano.

Esta percepción prioritaria de la independencia, esta idea estatal de la nación cubana, distingue a Varela dentro de la cultura política del patriciado. Él mismo podría encarnar el tránsito entre el patricio criollo y el patriota cubano. Su definición del sentimiento patrio conserva aún el imaginario telúrico del criollismo. Por eso señala que "en cierto modo nos identificamos con la patria, considerándola nuestra madre, y nos resentimos de todo lo que pueda perjudicarla".⁵⁶⁷ Sin embargo, al imaginar una opción separatista para la soberanía cubana, Varela imprime a la voz de *patria* un contenido protonacional, una virtualidad política, que la separa de su acepción criolla. La *patria* viene a ser una entidad *a priori*, preexistente, que antecede a la propia criatura patriótica, pero que debe perfeccionarse, reformarse, defenderse, por medio del sacrificio, la virtud y el amor. En este sentido se orienta su definición.

Al amor que tiene todo hombre al país en que ha nacido, y el interés que toma en su posteridad, le llamamos *patriotismo*... Como el hombre no se desprecia a sí mismo, tampoco desprecia, ni sufre que se desprecie a su patria, que reputa, si puedo valerme de esta expresión, como parte suya. De aquí procede el empeño en defender todo lo que le pertenece, ponderar sus perfecciones y disminuir sus defectos... No es patriota el que no sabe hacer sacrificios en favor de la patria... El patriotismo es una virtud cívica.⁵⁶⁸

Las *Lecciones de filosofía* son de 1818. En ese año, Varela todavía es partidario del orden colonial y ha redactado un *Elogio a su Majestad, el Señor Don Fernando VII*, justo cuando se intensifican la contrainsurgencia en América y la restauración del absolutismo en España. Su *Despedida* a los habitantes de la Habana, antes de marchar a ejercer la

⁵⁶⁵ Félix Varela, *Escritos políticos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977, p. 125.

⁵⁶⁶ Félix Varela, *Obras*. La Habana: Editora Política, 1991, t. I, pp. 326-327.

⁵⁶⁷ *Id*, p. 330.

⁵⁶⁸ *Id*, pp. 329-333.

diputación en las Cortes liberales de 1822-23, tenía como exergo un pasaje del artículo 6° de la Constitución de Cádiz: "El amor a la Patria -es decir, a España- es una de las principales obligaciones de los españoles".⁵⁶⁹ Aquí los valores del presbítero habanero son semejantes a los del obispo Juan José Díaz de Espada, quien en su *Carta Pastoral* de 1811 instruía a los feligreses en "la defensa de nuestra santa Religión, nuestra Patria y nuestro Rey" contra los "sacrilegios imperiales" de Napoleón Bonaparte.⁵⁷⁰ Pero su desempeño ante las Cortes demostrará cómo, en la sede del Imperio, la Provincia se le vuelve la Patria. Sus dos proyectos legislativos, el de *Abolición de la esclavitud* y el de *Gobierno Autonómico*, confirman lo que después dirá en *El Habanero*: "la imagen de la Patria jamás se separa de su vista".

Ahora bien, para Varela, el "amor patrio", la "virtud cívica" que supone el patriotismo, sigue siendo una facultad exclusiva de los "naturales ilustrados", de los criollos blancos. Los negros son "africanos", "infelices", "desdichados", que "experimentan los efectos consiguientes a su nacimiento" y "tienen por naturaleza un signo de ignominia".⁵⁷¹ Es cierto que admite que una "rápida ilustración de los libertos, en el sistema representativo, los instruiría en sus derechos, que no son otros que los del hombre".⁵⁷² Pero siempre que se refiere a sus "compatriotas", al "pueblo" de la isla, a la "voluntad general" cubana, piensa -como veremos- en sus electores: los ciudadanos, libres y blancos, que representan, a lo sumo, el 45% de la población insular. Una frase de su *Memoria sobre la esclavitud* nos persuade de esto: "yo estoy seguro de que pidiendo la libertad de los africanos, conciliada con el interés de los propietarios y la seguridad del orden público por medidas prudentes, sólo pido lo que quiere el pueblo de Cuba".⁵⁷³ Aquí, el pueblo de Cuba no es más que la comunidad de los propietarios criollos y sus representantes intelectuales, es decir, los patricios.

En el estudio de Manuel Moreno Fragnals sobre José Antonio Saco -un ensayo que debería releerse con cuidado- se habla de cierta tensión entre esta intelectualidad criolla de

⁵⁶⁹ Félix Varela, *Escritos políticos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977, p. 259.

⁵⁷⁰ Obispo Espada, *Ilustración, Reforma y Antiesclavismo*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1990, pp. 277-289.

⁵⁷¹ Félix Varela, ob.cit, pp. 260-267.

⁵⁷² *Id*, p. 265.

⁵⁷³ *Id*, pp. 262-263.

principios del siglo XIX y la nueva sacarocracia.⁵⁷⁴ Lo que Jorge Mañach, Raúl Lorenzo, Cintio Viter y otros escritores leyeron como un nacionalismo, en la obra de Varela, Saco, Luz y Del Monte, para Moreno es el aliento final del criollismo dieciochesco. Desde esta óptica, Saco es "el último representante de los ideales que formaron el sentimiento criollo de las oligarquías municipales, ganaderas, cafetaleras y vegueras del siglo XVIII".⁵⁷⁵ El nuevo modelo de país, regido por la plantación azucarera y los intereses comerciales y políticos de unas cuantas empresas norteamericanas, fue rechazado por los últimos patricios. Así, sacarócratas como Francisco de Arango y Parreño, Nicolás Calvo y el Conde de Pozos Dulces serían los continuadores de una tradición agro-industrial y exportadora, que arranca con Agustín Cramer a mediados del siglo XVIII. Mientras los patricios ilustrados, como Saco, Del Monte, Varela y Luz, en la línea de José Martín Félix de Arrate y José Agustín Caballero, articularían, contra esa flamante sacarocracia, un discurso de reacción, en nombre del paraíso criollo perdido.⁵⁷⁶

Cuando Varela arremete contra esos "especuladores", "traficantes de patriotismo", que no fomentan "otra opinión que la mercantil" y sólo sienten amor por "las cajas de azúcar y los sacos de café", demuestra su rechazo a una oligarquía advenediza, a los "nuevos ricos" del sistema colonial.⁵⁷⁷ La estrecha alternativa que planteó, al decir que "en la Isla sólo deben distinguirse dos clases: los patriotas y los especuladores", revela el conflicto entre dos grupos sociales: el de los llamados "patriotas", que son los *patricios* del antiguo régimen criollo, y el de los llamados "especuladores", que son los *sacarócratas* del nuevo modelo de plantación e ingenio.⁵⁷⁸ En el *Elenco de Doctrinas de Psicología, Lógica y Moral* (Colegio de San Cristóbal, diciembre de 1835) de José de la Luz y Caballero, se reproduce esta tensión social, por medio de una antinomia entre "moralidad e interés", entre "patriotismo verdadero y patriotismo especulativo". El principio de la "utilidad" o del "interés" en las acciones humanas supone, según Luz, una "moral de la tiranía", que entre otros males, produce la "degradación del carácter nacional". Quienes se guían por este

⁵⁷⁴ Manuel Moreno Fragonals, José A. Saco. *Estudio y Bibliografía*. Universidad Central de las Villas, Dirección de Publicaciones, 1960, pp. 33-51. La idea se perfila aún más en el acápite "La transformación ideológica" del tomo primero del Ingenio. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, pp. 126-133.

⁵⁷⁵ *Id*, p. 35.

⁵⁷⁶ *Id*, p. 46.

⁵⁷⁷ Félix Varela, ob. cit, pp. 115-118.

⁵⁷⁸ *Id*, p. 129.

principio -y los sacarócratas debían hacerlo- sufren "un desarreglo del amor patrio" que los convierte en "traficantes de patriotismo".⁵⁷⁹

El "patriotismo verdadero" de los últimos patricios aparece cifrado por una economía de los bienes morales, que intenta desplazar o sustituir a la economía monetario-mercantil de la plantación azucarera.⁵⁸⁰ Ese patriotismo, como señalaba Varela, es una "virtud cívica", que sólo posee el ciudadano criollo y que se realiza por medio de la filantropía, la educación, la reforma administrativa, la moral o la política. La cultura y el Estado, y no la plantación, el ingenio, el ferrocarril o el puerto, son las áreas de influencia del patricio. Por eso Domingo del Monte, en su *Informe sobre la enseñanza primaria* de 1836, luego de proponerle al gobierno de la Isla que se ocupara de la educación elemental y modernizara el sistema carcelario, recomendaba que los miembros de los *Consejos de Educación* - instituciones que llevarían adelante la reforma- no recibieran sueldos. Dichos consejeros no debían ser burócratas, asalariados del Estado, sino "varones de virtud y de doctrina", esto es, "personas que tengan todo el caudal o todo el patriotismo suficientes para no necesitar que se les retribuyan los servicios que hicieren a su país".⁵⁸¹ El caudal, la fortuna que posee el patricio no es motivo de envilecimiento o degradación, porque, mayormente, proviene de una herencia que garantiza el linaje. Esa mentalidad aristocrática del criollo le imprime cierta nobleza e hidalguía a su patriotismo. Pero recibir dinero por una acción patriótica, vender lo que se considera una "virtud cívica", es inadmisibile para el patricio.

La voz *Patria*, con toda su carga moral antidemocrática y anticapitalista, sobrevivirá, pues, en las tres fases culturales posteriores, dominadas, respectivamente, por los enunciados de *Nación*, *República* y *Revolución*. Por su mirada aristocrática hacia el territorio, el patriotismo producirá entonces el efecto de una tara simbólica que rearticula constantemente el mito de un paraíso perdido, localizado en el pasado reciente. Así Martí sentirá añoranza por la época de Varela, Saco y Luz; Mañach lamentará la ausencia de una ilusión patriótica como la de Martí, Sanguily, Varona; y hoy se extraña la energía cívica de intelectuales como Mañach, Ortiz y Guerra. Si en el siglo XIX las guerras eran prácticas

⁵⁷⁹ José de la Luz y Caballero, *Elencos y discursos académicos*. La Habana, Editorial de la Universidad de la Habana, 1959, pp. 107-110.

⁵⁸⁰ Partiendo de los estudios precursores de Edward P. Thompson, podríamos hablar aquí ya no de una "economía moral de la multitud", sino de la "economía moral de una élite". E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad postindustrial*. Barcelona, Editorial Crítica, 1989, pp. 62-134.

⁵⁸¹ Domingo del Monte, *Escritos*. La Habana, Cultural S. A., t. II, 1929, pp. 31-32.

donde se recomponía la hidalguía del patricio, en el siglo XX esa función la cumplirán, en buena medida, las epopeyas cívicas del letrado. La memoria, el rechazo del latifundio, la educación, el ceremonial, la crítica de la corrupción y el reclamo de independencia frente a Estados Unidos serán las batallas donde el intelectual republicano exhibirá su "amor a la patria". Cualquier reforma, cualquier revolución se hará en nombre de la patria, porque sólo así, como advertía Rodó al principios de sus *Motivos de Proteo*, las naciones confirman no ser *una*, sino *muchas*, en perpetua metamorfosis.⁵⁸²

Lo anterior nos conduce al tema, tan debatido actualmente, sobre la naturaleza histórica del republicanismo americano, en contraste con el europeo.⁵⁸³ Cuba, al igual que Estados Unidos y todos los países hispanoamericanos, nace como Estado nacional bajo la forma republicana de gobierno y sin tentaciones monárquicas como las que se dieron en Argentina, México y Perú. La ausencia de una verdadera nobleza de antiguo régimen es restituida allí por vías militares, políticas y culturales, que arman el complejo proceso simbólico del patriotismo. De ahí la ambivalente relación del sentimiento patriótico con la modernidad política: se trata, como diría William Hazlitt, de un "espíritu de obligación" moral, de una fisonomía del deber que, por un lado, institucionaliza atavismos aristocráticos en forma de castas sociales y estatales, con sus propios ritos y heráldicas, y, por el otro, aporta la religiosidad civil que exige toda ciudadanía republicana. En suma: una mueca y luego un guiño al orden democrático.⁵⁸⁴ En esa doble pantalla se proyectan los motivos de Anteo.

Guerra y república

El republicanismo cubano, durante los treinta años que van del estallido de la primera guerra de independencia, en 1868, a la intervención de Estados Unidos, en 1898, además de propiciar aquella tensión entre prácticas revolucionarias y representativas, permitió entrelazar los discursos de la tierra y la sangre dentro de un imaginario de libertad política e igualdad racial. Blancos y negros, militaristas y civilistas apelaban a los tópicos del derramamiento de sangre y el enterramiento de los muertos, en la manigua, como rituales

⁵⁸² José Enrique Rodó, *Motivos de Proteo*. Barcelona, Editorial Cervantes, 1923, pp. 9-11.

⁵⁸³ Francois Furet y Mona Ozouf, *Le siècle de l'avènement républicain*. Paris, Ed. Gallimard, 1993, pp. 7-22; Philip Pettit, *Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno*. Barcelona, Paidós, 1999, pp. 225-239.

⁵⁸⁴ William Hazlitt, *El espíritu de las obligaciones*, Barcelona, Alba Editorial, 1999, pp. 87-103.

de purificación del suelo patrio, previos al ceremonial cívico de la nueva República. El mulato Antonio Maceo, por ejemplo, en una conocida carta al nuevo Presidente de la República en Armas, Tomás Estrada Palma, en mayo de 1876, se describía a sí mismo como un “hombre que ingresó en la Revolución si tras miras que la de dar su sangre para ver si su patria consigue verse libre y sin esclavos”.⁵⁸⁵ Martí hablaba del campo después de la batalla como “una tierra saneada con sus muertos, amparada por la sombra de sus héroes, regada con los caudales de su llanto”.⁵⁸⁶ Maceo, en cambio, reforzará en su discurso de la tierra y la sangre, la igualación racial, típicamente republicanas, que implican la muerte y las heridas por la patria. En esa misma carta, hablando de sí, dirá: “no obstante no tener ninguna ambición y de haber derramado su sangre tantas veces, lo cual justifican las tantas heridas que tiene recibidas, y tal vez porque sus envidiosos le han visto protegido por la fortuna, apelan a la calumnia”.⁵⁸⁷ A lo que agrega: “y el que habla, como su conciencia la lleva sin sangre..., pertenece a la clase de color, sin que por ello se considere valer menos que los otros hombres”.⁵⁸⁸

Como es sabido, las dos constituciones establecidas durante la guerra de 1895, la de Jimaguayú, en septiembre de aquel año, y la de la Yaya, en octubre de 1897, desecharon el artículo 15 de la de Guáimaro, que proponía un poder legislativo permanente, como quería Martí, y concentraron el poder político en un Consejo de Gobierno y el militar en un Estado Mayor. Esta ruptura con el parlamentarismo del 68, defendida por Gómez y Maceo, se dio acompañada de un avance claro a favor de una imagen territorialmente unitaria del nuevo país. Mientras en Guáimaro, los representantes articulaban la voz de las provincias, concebidas federalmente como cuatro “estados” (Oriente, Camagüey, las Villas y Occidente), en Jimaguayú y la Yaya, el presidencialismo e, incluso, el ejecutivismo, defendido por hombres como Salvador Cisneros Betancourt, Rafael Manduley, Fermín Valdés Domínguez, Domingo Méndez Capote y Cosme de la Torriente, prescindía de cualquier insinuación federalista. En el preámbulo de la carta de Jimaguayú se hablaba de una “Revolución de independencia” que crearía la “República democrática de Cuba”, cuya

⁵⁸⁵ Hortensia Pichardo, *Documentos para la historia de Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, t. I., p. 396.

⁵⁸⁶ José Martí, *Obras completas*, La Habana, Editorial Lex, 1953, t. I., p. 351.

⁵⁸⁷ Hortensia Pichardo, *Documentos para la historia de Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, t. I., p. 396.

⁵⁸⁸ *Ibid.*

“confirmación entre las divisiones políticas de la tierra” estaba garantizada por el acto representativo y el texto constitucional. En la de la Yaya se insistirá, por primera vez, que las leyes republicanas y separatistas no sólo rigen en territorio armado, sino que la “república de Cuba comprende todo el territorio de la Isla de Cuba y de las islas y cayos adyacentes“, aunque difería el tema de la “división territorial” para una legislación ulterior.⁵⁸⁹

Cuando la guerra termina, en 1898, con la intervención de Estados Unidos en la isla, la política cubana sufre un dramático reacomodo, atribuido, en gran medida, a la reconstitución de la sociedad civil postesclavista y a la recomposición de las élites económicas postcoloniales.⁵⁹⁰ Como afirma el historiador Louis A. Pérez Jr., entonces “todo está en transición”: desde la reinserción en el mercado de trabajo de la población negra y mulata, recién liberada, hasta la integración a la vida civil de los miembros del ejército separatista, pasando, naturalmente, por la mutación simbólica del espacio público, las festividades, la toponimia y el panteón heroico, estudiados por Marial Iglesias.⁵⁹¹ La conquista de la tierra, defendida por separatistas, autonomistas y anexionistas por vías contrapuestas -la guerra contra España, el autogobierno provincial y la incorporación a Estados Unidos- se vuelve una finalidad parcialmente lograda, estableciendo una compleja ambivalencia, que marcará buena parte de la cultura y la política republicanas de la primera mitad del siglo XX. Con la Constitución de 1901, la retirada de las tropas norteamericanas y el traspaso de poderes de Leonard Wood al primer presidente de la Cuba moderna, Tomás

⁵⁸⁹ Leonel Antonio de la Cuesta, *Constituciones cubanas. Desde 1812 hasta nuestros días*, Nueva York, Ediciones Exilio, 1974, pp. 126-135.

⁵⁹⁰ Philip S. Foner, *La guerra hispano/cubano/americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*, Madrid, Akal Editor, 1972, t. 2, pp. 264-324; Áurea Matilde Fernández, *España y Cuba: 1886-1898. Revolución burguesa y relaciones coloniales*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1988, pp. 167-209; Pablo Riaño San Marful, “Pensando la nación en el interregno: Cuba, 1899-1902” y Leida Fernández Prieto, “Fronteras disputadas, fronteras silenciosas: agricultura y nación en el tránsito cubano hacia la modernidad”, en María del Pilar Díaz Castañón, comp., *Perfiles de la nación*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2004, pp. 31-50 y 51-76; María del Carmen Barcia Zequeira, *Élites y grupos de presión. Cuba, 1868-1898*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1998, pp. 40-74 y 140-160.

⁵⁹¹ Louis A. Pérez, Jr., *Cuba Under the Platt Amendment, 1902-1934*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1986, pp. 3-28 y 56-87; Marial Iglesias Utset, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba, 1898-1902*, La Habana Ediciones Unión, 2003, pp. 22-51, 52-108, 150-173 y 218-256; Yoana Hernández Suárez, “Las iglesias protestantes ante la independencia de Cuba y la ocupación norteamericana”, en Ricardo Quiza Moreno, coord., *Nuevas voces. Viejos asuntos. Panorama de la reciente historiografía cubana*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005, pp. 135-168; Mario Riera Hernández, *Cuba libre, 1895-1958*, Miami, Colonial Press of Miami, 1968, pp. 45-92; Mario Riera Hernández, *Cuba republicana. 1899-1958*, Miami, Editorial AIP, 1974, pp. 1-34.

Estrada Palma, la relación con el suelo adoptó dos nuevas modalidades: el rechazo a la Enmienda Platt, como limitación de la nueva soberanía conquistada, y la demanda de una distribución de la propiedad que no reemplazara la naciente posesión criolla de la tierra con una expansión del latifundio en manos extranjeras.

El antiplattismo y el antilatifundismo de intelectuales y políticos de las últimas generaciones coloniales, como Salvador Cisneros Betancourt, Bartolomé Masó, Manuel Sanguily, Enrique José Varona, Enrique Collazo o Julio César Gandarilla, salvando diferencias de acentos o preferencias ideológicas, fueron heredados por representantes de la primera generación republicana como Ramiro Guerra, José Antonio Ramos, Emilio Roig de Leuchsenring, Fernando Ortiz, Jorge Mañach o José Antonio Fernández de Castro.⁵⁹² Con cierta razón, Julio Le Riverend, en el prólogo a la reedición de *Los americanos en Cuba*, contrapuso esta discursividad al tópico eugenésico de la fatalidad criolla desarrollado por importantes autores como Francisco Figueras, Roque Garrigó, Alberto Lamar Schweyer y Raimundo Menocal y Cueto.⁵⁹³ La recomposición de la sociedad civil y las élites políticas, en el tránsito de la época colonial a la republicana, tan bien estudiada por José A. Piqueras, está marcada, en buena medida, por un sentimiento de fatalidad, motivado por la ausencia de una soberanía plena.⁵⁹⁴

Antiplattismo y antilatifundismo están entrelazados no sólo en la obra de aquellos publicistas republicanos, sino en buena parte de la oposición a los gobiernos de Tomás Estrada Palma (1902-1906), Charles E. Magoon (1906-1909), José Miguel Gómez (1909-1913), Mario García Menocal (1913-1921), Alfredo Zayas (1921-1925) y Gerardo Machado (1925-1933).⁵⁹⁵ A diferencia de la política anticolonial, protagonizada por anexionistas, autonomistas y separatistas, las estrategias públicas del primer período republicano (1902- 1933) establecían una lógica de completamiento de la soberanía, no de

⁵⁹² Véanse, por ejemplo, la serie de libros de Enrique Collazo, *Los americanos en Cuba*, La Habana, Imprenta C. Martínez, 1906, 2ts, *Cuba intervenida*, La Habana, Imprenta C. Martínez, 1910, y *Cuba heroica*, La Habana, Imprenta La Mercantil, 1912.

⁵⁹³ Enrique Collazo, *Los americanos en Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1972, pp. VII-XIX. Ver también Jorge Ibarra, *Un análisis psicosocial del cubano: 1898-1925*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1985, pp. 235-258.

⁵⁹⁴ José A. Piqueras, *Sociedad civil y poder en Cuba. Colonia y poscolonia*, Madrid, Siglo XXI, pp. 295-360.

⁵⁹⁵ Reinaldo Funes Monzote, "Cuba: república y democracia (1901-1940), en Rafael Acosta de Arriba y otros, *Debates historiográficos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1999, pp. 177-221; Francisca López Civeira, Oscar Loyola Vega y Arnaldo Silva León, *Cuba y su historia*, La Habana, Editorial Gente Nueva, 1998, pp. 117-213.

conquista ni de reconquista de dicho estatus, que nunca había sido históricamente experimentado.⁵⁹⁶ A pesar de que el marco jurídico de la sociabilidad republicana había sido trazado desde el principio de las instituciones liberales y democráticas, tres elementos primordiales de la cultura política de aquella época, caudillismo, racismo y regionalismo, propiciaron recurrentes episodios de guerra civil. Uno de aquellos episodios fue el alzamiento, en 1906, de los jefes liberales contra la reelección presidencial de Tomás Estrada Palma. Entre los motivos de aquella primera guerra civil postcolonial, que desembocó en la segunda intervención de Estados Unidos en Cuba, estuvo el regionalismo. El principal líder del Partido Liberal, el general José Miguel Gómez, era gobernador de Las Villas y convirtió esa provincia en una zona de sedición contra el estradismo capitalino.

Las fricciones entre las provincias venían, como hemos visto, desde la primera guerra de independencia, cuando la Constitución de Guáimaro dividió, federalmente, el pequeño territorio de Cuba en cuatro estados, Oriente, Camagüey, Las Villas y Occidente, y cuando las diferencias entre habaneros, camagüeyanos o bayameses decidieron, en buena medida, la destitución de Céspedes en 1873 y no pocos de los conflictos entre el mando militar y el poder legislativo de la República en Armas: la Cámara de Representantes. Era tal la fuerza del regionalismo entre fines del siglo XIX y principios del XX que en la Convención Constituyente de 1901 se escucharon propuestas federales. El texto constitucional sostuvo la forma unitaria de la República, pero concedió a las seis provincias una autonomía considerable. El Senado, por ejemplo, fue concebido de manera federal, como un cuerpo conformado por representantes, consejeros y “compromisarios” provinciales, además de que en el título primero se establecía que “las provincias podrían incorporarse unas a otras o formar nuevas”. Este provincialismo encontró condiciones propicias para su reproducción en el caudillismo militar de la primera República.⁵⁹⁷

La segunda guerra civil cubana, la de 1912, fue, como es sabido, un conflicto racial entre veteranos de la gesta de independencia. En medio de una nueva disputa por la sucesión presidencial, los líderes del Partido Independiente de Color (Ivonnet, Estenoz,

⁵⁹⁶ Jorge Ibarra Cuesta, *Cuba: 1898-1958. Estructura y procesos sociales*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1995, pp. 7-88.

⁵⁹⁷ Louis A. Pérez, *Army Politics in Cuba, 1898-1958*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1976, pp. 3-28; José M. Hernández, *Política y militarismo en la independencia de Cuba, 1868-1933*, Madrid, Colibrí, pp. 234-260. Ver también Yolanda Díaz Martínez, “Guerra y negocio: en torno al modo de vida en la Guerra de 1895 en Cuba” en Ricardo Quiza Moreno, coord., *Nuevas voces. Viejos asuntos. Panorama de la reciente historiografía cubana*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005 pp. 97-134.

Surín, Lacoste, Fournier...), proscrito por la Ley Morúa de 1910, se levantaron en armas contra el gobierno de José Miguel Gómez y fueron brutalmente reprimidos. La del 12, tal vez la más sangrienta de las guerras civiles de la República, provocó otro desembarco de tropas norteamericanas y varios episodios de violencia racial en la Habana, Matanzas y Santiago de Cuba.⁵⁹⁸ Fue bajo estas condiciones de edificación del orden republicano, en una isla del Caribe hispano, ubicada, por tanto, en un área prioritaria para la consolidación de la hegemonía regional de Estados Unidos, a inicios del siglo XX, y amenazada de fractura por las tensiones regionales, raciales y políticas propias de cualquier guerra civil reciente, que los discursos de la tierra, la sangre y la memoria tuvieron que adaptar sus sentidos a las demandas históricas de una nueva subjetividad postcolonial.

En el período republicano de la historia de Cuba, que se extiende entre 1902 y 1959, los tres patriotismos aquí esbozados, el moral, el telúrico y el sanguíneo, no desaparecen, a pesar del avance en la constitución de un Estado propiamente nacional. Uno de los procesos más fascinantes y, a la vez, desconocidos de la historia intelectual de nacionalismos postcoloniales, como el cubano, es la supervivencia y mutación simbólica de las nociones criollas, propias de las élites blancas y católicas de los siglos XVIII y XIX, dentro de la cultura política de una ciudadanía republicana, en condiciones de igualdad de derechos ante la ley. La historiografía y la literatura cubanas de la primera mitad del siglo XX, que son las formaciones discursivas más sofisticadas de ese nacionalismo postcolonial, están marcadas por una recurrente nostalgia de la subjetividad criolla colonial, en tanto creadora de los mitos fundacionales del patriotismo insular. Los nacionalistas revolucionarios del siglo XX cubano, en su reacción contra esa cultura cívica republicana, retomaron los tópicos primordiales de aquel patriotismo criollo: en 1934, los campesinos del Realengo 18 se

⁵⁹⁸ Sobre el origen, el desarrollo y el desenlace de este conflicto existe una reciente y muy completa bibliografía: Ada Ferrer, *Insurgent Cuba. Race, Nation, and Revolution*, Chapel Hill and London, The University of North Carolina Press, 1999, pp. 179-202; Rebeca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1985, pp. 201-278; Rafael Fermoselle, *Política y color en Cuba. La guerrita de 1912*, Madrid, Colibrí, 1998, pp. 20-35; Franklin W. Knight, *Slave Society in Cuba*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1970, pp. 85-120 y 154-178; Aline Helg, *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*, Chapel Hill and London, 1995, pp. 23-90, 117-160 y 193-226; Alejandro de la Fuente, *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*, Madrid, Editorial Colibrí, 2000, pp. 17-86; Tomás Fernández Robaina, *El negro en Cuba. 1902-1958*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1994, pp. 62-84; Silvio Castro Fernández, *La masacre de los independientes de color en 1912*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2002, pp. 147-214; María del Carmen Barcia Zequeira, *Élites y grupos de presión. Cuba, 1868-1898*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1998, pp. 164-166.

levantaron contra la Compañía Azucarera Maisí y el gobierno republicano al grito de “¡tierra o sangre!” y apenas veinticinco años después, la Revolución Cubana patentizaba, frente a sus enemigos internos y externos, su legendaria consigna de “¡patria o muerte!”⁵⁹⁹

ARTIFICIOS NOMINALES DE LA NACIÓN SIN ESTADO (O EL CASO DE PUERTO RICO)

LAURA NÁTER

MABEL RODRÍGUEZ CENTENO

Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

“El día 19 de noviembre de 1493 recibió nuestra isla el bautismo de la civilización europea cambiando su nombre indígena de Boriquén por el cristiano San Juan; y andando los tiempos la capital, a la que el rey católico impuso el nombre de Ciudad de Puertorrico, se ha quedado con el nombre de la isla y se llama San Juan y la isla ha tomado el nombre de la antigua ciudad y se llama Puerto Rico.”

Cayetano Coll y Toste⁶⁰⁰

Con tono grandilocuente, Cayetano Coll y Toste se refiere al “bautismo civilizatorio” de Boriquén, al ritual inciático cristiano que anuncia (y disimula) el torpe proceso de

⁵⁹⁹ Alejandro de la Fuente, “¿En los márgenes de la nación? El caso del Realengo 18”, en Instituto de Estudios Cubanos, *En el centenario de la República*, Miami, Instituto de Estudios Cubanos, 2004, pp. 183-197.

⁶⁰⁰ Cayetano Coll y Toste, “Descubrimiento de Puerto Rico”, *Índice. Mensuario de Historia, Literatura, Arte y Ciencia*, año 1:3 (23 de abril de 1929), p. 12.